

Alternativas al sistema alimentario global

AMÉRICA LATINA

Entrevista con Martín Drago, coordinador del Programa de Soberanía Alimentaria de Amigos de la Tierra Internacional

“Para cambiar el sistema alimentario mundial los sujetos de cambio son los agricultores de pequeña escala”

La federación ecologista Amigos de la Tierra Internacional tiene presencia en cerca de 80 países. Martín Drago, integrante de la Red de Ecología Social (REDES)- Amigos de la Tierra Uruguay, se encarga de guiar el trabajo en el área de soberanía alimentaria desde diciembre de 2008, así como facilitar los vínculos con los movimientos sociales que trabajan la temática.

En entrevista con José Elosegui, colaborador de Noticias Aliadas, Drago se refirió al sistema alimentario controlado por el agronegocio, a la vez que planteó la necesidad de un cambio de sistema. Sistematizó ejemplos concretos de transición hacia modelos agroalimentarios sustentables y alertó sobre los principales desafíos y trabas para la profundización de esas transformaciones.

¿Cómo describe el sistema alimentario mundial dominante?

El sistema agroalimentario global imperante, dominado por la agricultura industrial a gran escala, es altamente concentrado, integrado o encadenado y transnacionalizado. Se caracteriza por la utilización de mucho capital en insumos como semillas, fertilizantes, agrotóxicos y maquinaria. Es un sistema que responde

a los intereses del comercio internacional, que tiene el apoyo de fondos públicos, también de instituciones financieras internacionales, y con un creciente involucramiento del sector financiero, que tiene un interés netamente especulativo

Con respecto a la alta concentración de la producción de insumos, según el Grupo ETC [Grupo de Acción sobre Erosión, Tecnología y Concentración que monitorea el impacto de las tecnologías emergentes y las estrategias corporativas sobre biodiversidad, agricultura y derechos humanos], en marzo Monsanto estaba analizando posibles asociaciones con [las transnacionales agroquímicas] BASF o Bayer, ante las alianzas Dupont-Dow y Syngenta-Chem China. De acuerdo con ETC, si Monsanto se fusiona con el área agrícola de Bayer, los tres grupos controlarían más del 65% de las ventas mundiales de pesticidas, y casi el 61% de las ventas comerciales de semillas. Si en vez de eso Monsanto se uniera con BASF, el control sería del 61% de los pesticidas y más del 57% de las semillas.

Además de que este sistema agroalimentario está concentrado y transnacionalizado, está también integrado. El *feedlot* [corrales de engorde] dedicado a la producción de carne está encadenado



Martín Drago / José Elosegui

“El sistema agroalimentario global imperante es altamente concentrado, integrado o encadenado y transnacionalizado”.

con la producción de los insumos que reciben esos animales, como la soja y el maíz. Sin embargo, a pesar de toda la presión, es el campesinado y la agricultura a pequeña escala la que produce la gran mayoría de los alimentos que consume la humanidad, el 70% también según el Grupo ETC. Para cambiar el sistema alimentario mundial los sujetos de cambio están, son los agricultores de pequeña escala.

¿Por qué considera importante cambiar este sistema dominante?

Según GRAIN [organización internacional que apoya a campesinos y agricultores en pequeña escala, y movimientos sociales], del 44% al 57% de todas las emisiones de gases de efecto de invernadero provienen del sistema alimentario global. Hay un enorme peso de este sistema transnacionalizado que produce la quinua en Bolivia y la vende en Tailandia en esas emisiones contaminantes. Es un sistema que empieza a requerir más insumos, maquinaria, más combustibles fósiles para mover la maquinaria, para los fertilizantes y agrotóxicos.

La agricultura a gran escala expande la frontera agrícola, deforesta para seguir plantando, como ha pasado en Brasil con la soja, el maíz, la caña de azúcar. La agricultura se movió a zonas donde antes había ganadería y la ganadería se fue moviendo a donde había bosques como la Amazonia, a través de la deforestación, con el rol que juegan los bosques en la captura de carbono.

En cambio, la producción agroecológica de alimentos tiene un efecto completamente distinto, porque emite menos gases, pero además al trabajar en armonía con la naturaleza recupera el suelo, y el suelo así refuerza su capacidad de retener carbono, de forma natural. Además, cuando se reducen distancias entre quienes producen los alimentos y quienes los consumen, las emisiones del sector transporte también disminuyen.

¿Cuál sería el modelo alternativo y los principales cambios que se requieren para llegar a modelos alimentarios más justos y sustentables en América Latina?

Básicamente lo que proponemos es el modelo de la soberanía alimentaria, y hoy estamos hablando de la agroecología para la soberanía alimentaria. Esto quiere decir producción agroecológica, en armonía con la naturaleza, cuidando los recursos naturales. Además tiene que ver también con una forma de consumir alimentos, que es la de los circuitos cortos entre productores y consumidores. En Uruguay, por ejemplo, se destaca la Asociación Barrial de Consumo Abierta (ASO-BACO), como tantas iniciativas en América Latina, que asume el riesgo de manera conjunta con el productor. Eso hace que al final el productor, sin intermediarios, reciba mucho mejor precio y el consumidor pague mucho menos.

Uno de los principales cambios que se requiere es el reconocimiento del rol que han tenido y tienen los agricultores de pequeña escala, especialmente las mujeres, y generar condiciones sociales para que esa gente viva de manera digna en el campo. Para eso también se requieren servicios cerca de los territorios, rutas, centros de salud, caminos razonables para poder sacar la producción. O sea, hay que cambiar los patrones de producción y de consumo, pero también las condicio-

nes de vida en el campo para que la juventud pueda quedarse allí. Para eso el rol del Estado es central. Para facilitar los servicios, pero también en la generación de infraestructura para que los productores puedan trasladar su producción, espacios donde puedan conservar sus alimentos, venderlos.

El caso brasileño del Plan Nacional de Agroecología y Producción Orgánica (PLANAPO) creo que es el paradigma más grande que hay en la región, del que todos están tratando de tomar algo, como Uruguay, donde el Plan Nacional de Agroecología busca replicar con las condiciones de Uruguay esa iniciativa brasileña. El PLANAPO aseguró las compras públicas a la agricultura familiar para asegurar alimentos para escuelas y hospitales, por ejemplo.

Además de los casos de Brasil y Uruguay mencionados, ¿qué otras alternativas concretas existen en la región?

Ejemplos de transiciones a estas formas de producción y comercialización hay en toda América Latina, tal vez no en la escala que se precisa. En Uruguay existen la Red de Semillas y la Ecotienda. La primera garantiza el acceso a un insumo básico como es la semilla, compartida con otros productores, generando autonomía en la producción con el principio de la solidaridad como base. Y la Ecotienda permite un canal de venta directa.

En Colombia está la Asociación de Pequeños Caficultores de la Marina (ASOPECAM), que es parte del Movimiento Agroecológico de América Latina y el Caribe (MAELA Colombia). Ellos hicieron una transición hacia una producción orgánica, a la vez que generaron mercados para la venta directa, como por ejemplo en universidades.

Después hay casos más estructurales. Por ejemplo, una alternativa concreta es la toma de tierras del Movimiento de Trabajadores Rurales Sin Tierra de Brasil (MST), que crea condiciones reales para la construcción de alternativas. Sin tierra, sin semillas, no hay producción alimentaria. Lo que hace el MST es ocupar tierras improductivas y disputar con el Estado para que le sean entregadas y se transformen en asentamientos de producción. Muchos de los asentamientos del MST han transitado también hacia la agroecología, por lo que están transformando el sistema agroalimentario.

Otra alternativa de la que habla siempre la Coordinadora Latinoamericana de Organizaciones del Campo (CLOC-Vía Campesina) es la educación para la transformación, a través de sus Institutos Agroecológicos Latinoamericanos (IALA). La educación ideológica y técnica de los campesinos, indígenas, trabajadores, para poder soberanamente construir las alternativas transformadoras.

¿Cuáles son los desafíos para seguir profundizando esos cambios?

Los principales desafíos pasan por entender que la producción de alimentos no es una cosa que necesariamente tenga que estar en manos del agronegocio. Hay que cambiar el imaginario popular. De hecho, la producción de alimentos está en su gran mayoría en manos de los productores de alimentos a pequeña escala.

También hay que cambiar esa creencia de que todos los métodos de producción conocidos como “tradicionales” son un atraso. Muy por el contrario, concentran la evolución de

la producción de alimentos desde el fondo de la historia hasta hoy. El agricultor también es un científico de cierta manera, porque es una persona que a través de prueba y error ha ido cambiando y desarrollando sus métodos productivos, adaptándolos. Hay que revalorizar el rol de esos actores.

Los consumidores también necesitamos entender que tenemos que cambiar nuestros patrones de consumo. Y otro desafío bien grande es cambiar la correlación de fuerzas que tenemos hoy en día, en la que la academia agronómica y veterinaria vinculada a la gran producción de alimentos impone la idea de que no hay posibilidad de alimentar al mundo sin el agronegocio.

También hay que ver cómo encarar la transición hacia los modelos de producción más sustentables. No puede ser

una transición que la paguen los olvidados de siempre, sino que deben hacerlo aquellos que han generado las crisis por las que es tan urgente generar una transición. Por su parte, los productores de pequeña escala tienen el desafío de seguir mejorando sus prácticas.

En definitiva, la traba central es que el Estado tiene que dejar de estar al servicio de las élites nacionales y corporaciones transnacionales dueñas del agronegocio para ponerse al servicio de una producción de alimentos que genere soberanía nacional, menos impacto ambiental y mejores condiciones de vida para aquellos que producen los alimentos. El desafío de las organizaciones y movimientos sociales es cambiar la correlación de fuerzas, masificar la lucha para generar condiciones de cambio. □

ARGENTINA

Juan Nicastro desde Córdoba

Alimentación sana y solidaria

Más de 500 familias han conformado red que se abastece de productos agroecológicos.

Hace aproximadamente 10 años, en el pequeño pueblo de Anisacate, en la céntrica provincia de Córdoba, dos familias se pusieron de acuerdo para compartir sus compras de alimentos. De a poco se sumaron más familias, y se fue consolidando una actividad de compras comunitarias que comenzó a denominarse simplemente “La compra”.

Organizaban pedidos conjuntos con especial interés por productos agroecológicos, sin agroquímicos ni aditivos artificiales. Además, buscando mejores precios y para conocer efectivamente los cultivos y procesos, visitaban a las familias productoras, que lentamente crecían enfrentando el modelo de agricultura industrial instaurado en Argentina, centrado en el monocultivo de soja transgénica, que según datos de la Bolsa de Comercio de Rosario actualmente ocupa más de 20 millones de hectáreas.

“La compra” siguió sumando familias y gradualmente pasó a llamarse “Orgánicos Sí o Sí”. Comenzaron a unirse grupos de otros pueblos de la provincia, luego también de otras provincias, y el 2016 encuentra a la red realizando dos grandes compras por año, una en otoño y otra en primavera, logrando que cerca de 500 familias de 44 pueblos y ciudades se alimenten sanamente en conexión directa con más de 80 productores orgánicos de Córdoba, Mendoza, Santa Fe, San Luis y otras provincias.

Un mes antes de cada compra, cada productor recibe el detalle de lo encargado por cada pueblo, arma los pedidos, en los días previos a la entrega se congelan los precios, se llevan todas las mercaderías hasta un gran galpón elegido



“Orgánicos Sí o Sí”, red conformada por más de 80 productores de Córdoba y otras provincias, busca el cuidado del ambiente y el comercio justo.
/Juan Nicastro

para la ocasión, cada pueblo organizado se dirige al lugar, y se efectiviza la distribución de manera colaborativa, autocontrolada y solidaria. En el lugar se celebra además una ceremonia de agradecimiento, se arma una feria abierta y se intercambian técnicas, novedades, abrazos, alegrías, proyectos.

“Que sean productos orgánicos, buenos para la salud, sanos, y producidos con respeto a la naturaleza, esa es la base, pero también destacamos mucho la importancia del trabajo en los aspectos sociales, humanos. Así como hacer agroecología no es solamente no fumigar, así también esta red no es solamente por los alimentos, es por el cambio en la forma de vida, por lo grupal, por la autorevisión y el crecimiento personal. Por eso nos interesa el compromiso y el compartir. Acá la cosa no es comprar y venir solamente a retirar lo que uno compra. Hay que trabajar para el resto, ocupar roles el día de la distribución, trabajar también cada uno en su pueblo en la organización de los viajes, y hay que trabajar la confianza y el valor de la palabra”, cuenta

a *Noticias Aliadas* Andrea, promotora de esta red, quien prefirió mantener su apellido en reserva por considerar que esta es una experiencia colectiva, no individual.

En los inicios de la red, conseguir productos orgánicos en variedad y cantidad era más difícil. “Hay muchas cosas que antes no había, o había muy poco. Por ejemplo lentejas orgánicas”, explica a *Noticias Aliadas* Virginia Leopardi, de San Rafael, Mendoza, y una de las responsables de la Finca La Rosendo, un establecimiento que produce vinos orgánicos a partir de uvas cuidadas sin fumar. En su caso, viven el doble rol dentro de la red, productores y consumidores. “En la finca tratamos de tener de todo, producir los vinos y además sostener la huerta, producir verduras incluso para la venta, y lo que no podemos producir lo obtenemos de otros productores también agroecológicos”.

Soluciones para los productores

La red no es solamente económica, es también de apoyo. Hay casos de productos que no son 100% orgánicos en todo su proceso, pero justamente una de sus tareas es ayudar y acompañar a los productores para mejorar. “Les pasamos contactos de otros productores que tienen ideas o soluciones, o les damos datos, y nos damos tiempo. Por ejemplo, gente que elaboraba fideos, a veces usaban harina común, porque hace unos años no era fácil conseguir harina orgánica. Ahora ya hay varios lugares del país donde se cultiva trigo agroecológico, hay molinos dedicados a eso”, señala Andrea.

De los 85 productores actuales, algunos son grandes ejemplos históricos, como Campo Claro (provincia de Buenos Aires) o Naturaleza Viva (provincia de Santa Fe), otros consolidados en los últimos años como El Peregrino, Germen de Vida, Familia Cecchin, y otros recién empezando. “Se aporta al cambio hacia una soberanía alimentaria de los pueblos. Siempre está presente en los encuentros la idea de que todos podemos ser productores de algo y así integrarnos aún más, y contribuir cada vez más directamente”, apunta Andrea.

Eso lo ratifica Gabriel Quintana, llegado desde Romang, Santa Fe, un pueblo que queda a casi 700 km del lugar del encuentro de otoño, donde en diálogo con *Noticias Aliadas* cuenta que “ya es el tercer año que venimos, cada semestre a hacer el pedido y la recolección. Fuimos armando, primero éramos dos o tres familias, y ahora ya somos 25 familias. Los coordinadores nos vamos rotando para que todas las familias participen en este rol. De todas esas familias hay varias que ya consumen a conciencia, prevén para seis meses, esa es la idea, que te abastezcas para seis meses”.

“Otras familias compran cosas más puntuales. Se va buscando que en el grupo haya gente que también tiene productos allá y los puede traer para vender acá. Y entonces hacer un intercambio a todo nivel, de comprar y vender. En este caso traemos paltas, mamones, mangos, nueces, caqui, plantines de árboles de palta, maracuyá, las cosas que estamos haciendo allá, frutas casi tropicales, y contentos acá porque esas frutas acá casi no se ven y estas frutas te las sacan de las manos. Ahora ya vienen también otros pueblos de Santa Fe, hay un crecimiento visible,

esta entrega de otoño es bien grande, también porque ves, cuando haces la compra, con la inflación que hay, a los dos meses te das cuenta que lo que compraste quedó a muy buen precio, entonces mucha gente también se suma por eso. Al contrario de lo que se cree, acá se ve que lo orgánico no es caro”, agrega.

“Te cambia la vida. De ir al supermercado todos los días a pasar a recuperar el sentido de aprovisionarte, de agruparte, organizarse para una vida sana”, se alegra Andrea.

“Lo que se busca es un cambio total de paradigma, donde lo central no sea el dinero sino la complementariedad, el cuidado del ambiente, el comercio justo”, agrega Leopardi.

Proceso participativo

José Luis Lois, llegado desde Cañada Larga, Traslasierra (Córdoba), detalla: “Ofrecemos aceitunas, pasta de aceitunas, aceite de oliva, y toda una línea de condimentos ahumados como pimentón, sal marina, ají, un condimento mapuche que se llama merkén, cúrcuma, curry, mostaza en grano. No es un ahumado químico, es ahumado natural en frío, una técnica tomada de los indígenas mapuche, con aserrín de algarrobo y quebracho, y con hierbas como romero y laurel. El ahumado es la más antigua técnica de conservación de los alimentos. Esta red va creciendo año a año, y nos ayuda mucho en nuestra economía, no solamente por el volumen de las dos compras anuales, sino por la red de contactos que se genera, con otros productores, para ayudarnos en todo, y con familias consumidoras de la región que se convierten en clientes estables. Esta compra ha generado otro montón de redes”.

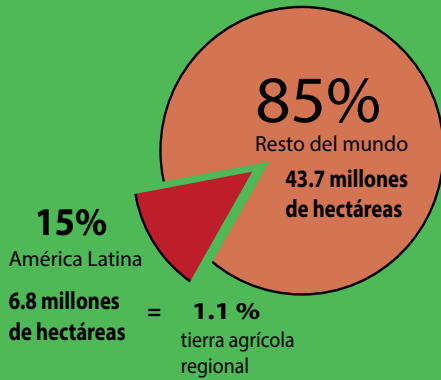
“Se trata básicamente de hacerse cargo de lo que uno consume, ser responsable por más que la nutrición. Elijo un alimento sano, me acerco a un grupo o lo puedo formar, veo la lista, hago mi pedido, y me uno con otras familias comunitariamente para poder comprar por ejemplo una bolsa de 25 kg de arroz orgánico, y lograr calidad y ahorro. Los productores también se organizan, como el caso de la yerba mate Las Tunas [producida por una cooperativa en la provincia de Misiones], donde 30 familias producen cada una un poquito y se juntan para envasar y enviar”, destaca Juan Vanadia, que se ha sumado al grupo organizador para colaborar con las planillas de productos.

“Veó un esfuerzo muy grande, mucha dedicación de los productores, que en muchos casos enfrentan obstáculos muy fuertes. Me emociona el ejemplo de una familia en la zona de Pampa de Pocho [Córdoba], recuperando un paraje donde se había devastado y sembrado soja, ellos están sembrando árboles, limpiando la tierra, dejando volver el monte, cuidando las vertientes. Fuerte también ha sido en los últimos días el caso de la Granja Agroecológica Naturaleza Viva, de la provincia de Santa Fe, que sufrió una fumigación de agroquímicos por los empresarios sojeros linderos a sus campos”, agrega Juan.

La ceremonia inicial del encuentro de otoño, realizado el 8 y 9 de abril, además de tambores y baile, tuvo un mensaje especial sobre el valor de la palabra, la confianza y la responsabilidad compartida para sostener la red. El espacio explícita que no son las reglas del capital las que lo regulan, sino reglas comunitarias, solidarias y autogestivas. □

América Latina: Agricultura orgánica 2014

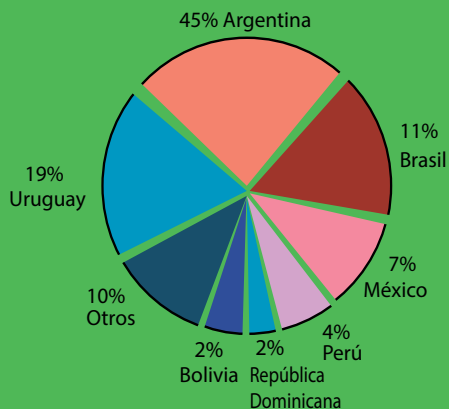
Superficie agrícola orgánica



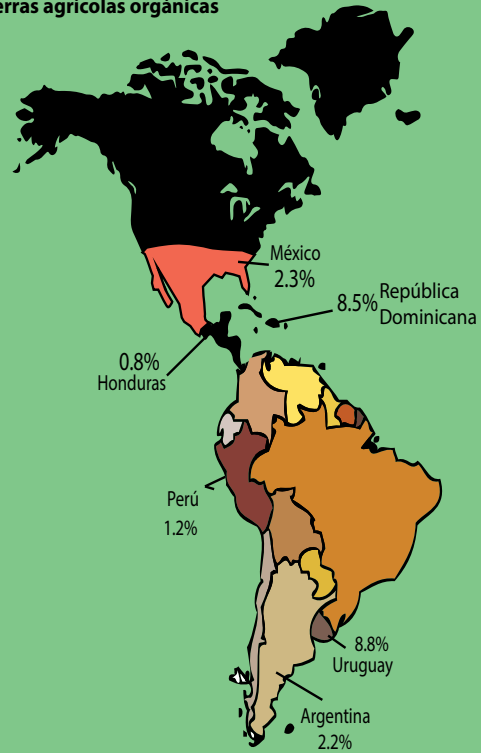
Países con mayores extensiones de agricultura orgánica

País	Tierras orgánicas (millones Ha)
Argentina	3.0
Uruguay	1.3
Brasil	0.7
México	0.5
Perú	0.2
República Dominicana	0.1
Bolivia	0.1

Porcentaje de tierras orgánicas del total regional



Países con mayor porcentaje de tierras agrícolas orgánicas



Productores orgánicos



Países con mayor número de productores orgánicos

País	Productores
México	169 703
Perú	65 126
Paraguay	58 258
República Dominicana	26 423

Al rescate de las semillas criollas

A pesar de ser el único país centroamericano donde se prohíbe el uso de semillas transgénicas, existe la posibilidad de que se apruebe una ley que pondría en riesgo la producción agroecológica.

El uso de semillas criollas y acriolladas para la producción de más del 75% de granos básicos; la habilitación de 408 bancos de semillas criollas en manos de pequeños productores y productoras; la aprobación de la Ley 765 de Fomento a la Producción Agroecológica y Orgánica; la declaración de 11 territorios libres de transgénicos y la voluntad política del gobierno, de organizaciones de sociedad civil y de agencias de cooperación para apoyar políticas públicas de producción agroecológicas, forman parte de una estrategia que ha cobrado fuerza desde el 2008 a la fecha, para el rescate, conservación, multiplicación, mejoramiento, uso y consumo de variedades de semillas criollas y acriolladas como dinámica para resolver la soberanía y seguridad alimentaria del país.

El rescate del uso de semillas criollas y acriolladas fue una iniciativa del Programa de Campesino a Campesino de la Unión Nacional de Agricultores y Ganaderos, (UNAG), que agrupa a pequeños y medianos productores, para su promoción y posicionamiento como alternativa agroecológica y evitar el uso de semillas transgénicas.

A partir de entonces se ha conformado un espacio denominado Alianza Semillas de Identidad que aglutina a más de 10 organizaciones de la sociedad civil que promueven acciones basadas en los conocimientos y prácticas agroecológicas locales. Por su parte, el Estado, a través del Instituto Nicaragüense de Tecnología Agropecuaria, lleva a cabo proyectos de fomento a la producción agroecológica a nivel nacional.

“Este trabajo de rescate lo iniciamos en medio de dudas y ciertas batallas, pues mucha gente nos cuestionaba sobre el hecho de que promover esta iniciativa era sinónimo de atraso, pobreza. La palabra criollo, tradicionalmente, tiene una connotación de penuria. Fuimos cuestionados por instituciones del Estado. Nos miraban como poco serios, como que no éramos lo suficientemente científicos; sin embargo, con el tiempo, tanto las instancias del gobierno como organizaciones no gubernamentales y agencias de cooperación se han sumado a este esfuerzo a través de la investigación y la promoción de tecnologías agroecológicas, entre otras dinámicas”, expresa Jorge Irán Vásquez, técnico nacional del Programa de Campesino a Campesino, a *Noticias Aliadas*.



Mayra Flores, productora agroecológica, dueña de un banco de semillas criollas en la comunidad de Samulalí, San Ramón, Matagalpa.

/Carmen Herrera

A pesar de estos cambios positivos en la visión de la promoción de las semillas criollas y acriolladas, falta vencer el tema de la reglamentación y aportación de recursos económicos para la aplicación veraz del marco legal, detener el avance de la industria química que tensiona y promueve la venta de semillas transgénicas, superar las deficiencias del manejo del sistema productivo todavía prevaleciente en el uso de agroquímicos como insumos para la recuperación del suelo y el combate de plagas, así como las deficiencias para el cultivo de agua, en un país que depende casi en su totalidad de la estación lluviosa para la siembra de productos alimenticios y que enfrenta, desde hace tres años, una de las peores sequías de su historia reciente, con el fenómeno de El Niño.

“La producción campesina, además, se ve afectada por las industrias transnacionales que influyen con la promoción de procesos agroindustriales que dependen de su oferta: maquinaria, insumo y semillas. Para el sector rural es difícil establecer una lucha contra los insumos porque dependen de los agroquímicos. En el caso de Nicaragua no hubo introducción de maquinaria para el sector productivo pequeño y en el caso de las semillas creadas en laboratorio, estas no han logrado penetrar para los productos de consumo básico”, analiza Harold Calvo, promotor de la Alianza de Semillas de Identidad, en entrevista con *Noticias Aliadas*.

Marco legal

La Unión de Productores de Nicaragua (UPANIC), que aglutina a los grandes productores agropecuarios, ha hecho pública su solicitud al gobierno de permitir la introducción de semillas transgénicas y hacerse legalmente de la venta y consumo de semillas mejoradas y transgénicas.

“Un 10% de semillas criollas es obtenida por el gobierno y la FAO para repartirlas a sus productores y productoras beneficiarias. Con esta cantidad se alcanza completar un 85% de la producción total con base en semillas criollas. A la fecha, en el país, sólo se permite la importación de productos transgénicos para el alimento de animales, lo que significa que a través de la carne de éstos, la población consume transgénicos”, enfatiza Calvo.

En cuanto al marco legal, según se desprende de la información dada por algunas organizaciones que promueven la agricultura ecológica, a pesar de que el gobierno del presidente Daniel Ortega ha apoyado la aprobación de normas que protegen la producción orgánica, a la fecha leyes como la 807 de Conservación y Utilización Sostenible de la Diversidad Biológica, referente a la protección de la bioseguridad aprobada en el 2012, no está reglamentada, y el reciente anteproyecto de Ley de Regulación, Producción e Importación de Semillas, o Ley de Semillas, aun cuando no ha sido aprobado, deja varios de sus artículos abiertos a la posibilidad de la introducción de semillas transgénicas al país, al proponer la obligatoriedad de certificar semillas madres.

“A la propuesta del anteproyecto de Ley de Semillas le hicimos una serie de mociones”, aclara Calvo. “Esa ley hará que los productores entren en la ilegalidad, en el sentido de que quieren promover la producción de semillas madres vigilada por el estatal Instituto de Producción y Sanidad Agropecuaria. Las semillas criollas tienen miles de genes y de orígenes, es difícil saber cuál es la madre porque a diario la están cruzando. Lo que ellos quieren es que todas las semillas sean certificadas y vendidas para capturar el 75% que consume semillas criollas”.

Otro de los retos de importancia enfrentados por el sector rural, aun cuando hay avances en la utilización de semillas criollas para la siembra tanto de granos básicos como de hortalizas y frutas, no se complementa con el uso de otras herramientas agroecológicas.

“Las semillas criollas no son mágicas. Estas debe estar acompañadas, para hacer sostenible su uso, de prácticas agroecológicas integrales: uso de agua, suelo, organización comunitaria. La gente debe tener autonomía y soberanía para organizarse en función de defender sus sistemas productivos aprendidos de sus antepasados”, analiza Vásquez.

Proteger la biodiversidad

Como logros obtenidos por la Alianza Semillas de Identidad, Erick Barrera, coordinador del proyecto “Rescate, preservación y multiplicación de Semillas Criollas” de la Fundación Dennis Ernesto González, destaca la aprobación de 11 ordenanzas municipales “para la protección y fomento de la biodiversidad, las semillas criollas y acriolladas y declarar Territorios Libres de Especies Transgénicas” y otras nueve ordenanzas municipales en proceso de aprobación. También destaca que el 50% de los

bancos de semillas son cuidados y administrados por mujeres productoras; que haya designaciones de presupuestos municipales en las alcaldías para la compra y promoción de semillas criollas y acriolladas para ser entregadas a sus poblaciones metas; y que existan más de 35,000 familias productoras de semillas criollas, integrantes de organizaciones de la Alianza.

En cuanto al tema de investigación, las organizaciones de la Alianza destacan la promoción de parcelas de fitomejoramiento de semillas criollas de frijol y maíz para adaptarlas al cambio climático; convenios con universidades estatales; la realización de marchas a nivel nacional en demanda de dar cumplimiento al marco legal para la no introducción de semillas transgénicas; y cabildeo para la reglamentación de la Ley 807.

La práctica de la no quema para la siembra en un 90% a nivel nacional y la valoración positiva que hace el actual gobierno al uso de las semillas criollas, también representan logros para la Alianza.

Entre los retos que enfrentan están: la especialización por rubros (maíz, frijoles, sorgo, arroz, entre otros) a los productores de semillas criollas y acriolladas; la conformación de redes de bancos de semillas a nivel nacional; el establecimiento de modalidades de compra-venta y precio para las semillas criollas. Otros retos son la reglamentación de la Ley 807 y trabajar en la reducción y/o eliminación de agroquímicos para la producción de semillas criollas y acriolladas, ya que a la fecha todavía el 40% de los insumos utilizados en su producción son agroquímicos, según técnicos de campo de las organizaciones de la Alianza.

Asimismo, enfrentan la campaña de las grandes empresas organizadas en el Consejo Superior de la Empresa Privada (COSEP), en cuanto a la afirmación que han hecho recientemente a raíz del fenómeno de El Niño, de que “la semilla transgénica es la solución para el cambio climático”, y la amenaza de la aprobación de la Ley de Semillas que podría permitir el ingreso de semillas transgénicas en el único país de la región centroamericana que está prohibido su uso para la siembra de alimentos de consumo humano.

Pero, el desafío más sentido es el referido a la falta de conciencia de la población en general que no hace la diferencia sobre la importancia de consumir y comprar productos orgánicos, en un país en que los pequeños agricultores llevan más de tres décadas apostando por la producción agroecológica de los principales rubros de la dieta nicaragüense: el maíz y los frijoles.

“Tenemos una deuda pendiente con la población, a la que no hemos sensibilizado sobre las bondades de consumir productos orgánicos tanto para su salud como para aportar al proceso de estimulación de las y los campesinos que producen orgánicamente”, reflexiona Vásquez. □

ndossiertemático
Una producción de **Noticias Aliadas**, servicio de información de Comunicaciones Aliadas.

www.noticiasaliadas.org
www.comunicacionesaliadas.com

Publicación auspiciada por American Jewish World Service (AJWS).

